

La interacción con el conocimiento está mediado, las más de las veces, por el contacto libresco, por los textos escritos en los que se explya el conjunto de las reflexiones, especulaciones, discrepancias, etc., de los diferentes campos en los que se supone se encuentra el capital acumulado y proyectivo del mismo, es decir, de esa abstracción sintética —y simbólica— que encierra la palabra conocimiento. Así, y celosamente, los tratados, opúsculos, enciclopedias, revistas y demás, contienen casi todo ese universo que para muchos —uno de nuestros mayores infortunios humanos— resulta infranqueable. Digamos que sólo los tres primeros podrían agruparse bajo la quizá arbitraria categoría de “libros”, mas, al final, o a veces en medio, se encuentra, pasajera, incómoda, la revista. Aunque su carácter fragmentario podría emparentarla fácilmente con la enciclopedia, ésta última apunta, sin duda, a un carácter totalizante o, al menos, a una postura panóptica que dé cuenta a cabalidad, de forma categórica, del saber que aborda. Sin embargo la revista, siempre incompleta, cercada por los criterios de

cada autor, por el carácter o importancia de cada texto, se queda por lo general en el ámbito de la opinión, de lo tangencial o, en el mejor de los casos, del adelanto o el entremés de lo que posteriormente será, a fin de cuentas, un libro.

Así, con obstinada resignación, la revista asume su papel y, en un gesto de decoro, se cierne sobre sí misma y se concentra en la cabal organización de su propuesta. Pero ¿cuáles herramientas podrían proporcionarle a la revista la asepsia conceptual que poseen sólo las construcciones denominadas “obras”? Es claro que un espacio académico como lo es una Universidad debe dar lugar a una revista en la que se avizoren los resultados de ideas colegiadas que superen el gregarismo semántico del cual somos víctimas y agentes en nuestra afectada cotidianidad. No obstante, también debido a su forzoso carácter taxonómico pero también ligero, la revista se convierte en un lugar de tránsito en el que el discurso no puede ser un bloque rígido e impenetrable, pues aunque de lo que se trata es de transgredir nuestros entornos cogni-

tivos hacia nuevas posibilidades semánticas —si hablamos desde la perspectiva del lector—, esto debe partir de lo que sin ambages nos asombra y quizás nos conmueva hacia el inicio de una búsqueda más amplia de esas nuevas significaciones. Una revista universitaria, entonces, no puede dejar su carácter de lugar de paso, pero tampoco puede constituirse en un elemento mercantil en el que la trivial opinión, la doxa, sobre sus lindes se relaje.

La revista *Papeles*, cuya historia comenzó hace ya un largo tiempo, pero que por eventualidades incorregibles pausó su valiosa marcha, reanuda en esta oportunidad el camino dibujado, con el deseo de aportar a la Facultad de Educación, la promoción de un espacio en el que la palabra se autogestione para la búsqueda de nuevas perspectivas en el organismo académico y, por tanto, de nuevas comprensiones. La intención primera del Comité Editorial es la de hacer posible una revista que incite transgresiones, que sea el medio en el que las discursividades surgidas del trabajo académico se precisen, pero también en el que se confronten; que exponga las posiciones de los agentes del colectivo académico en y ante las producciones discursivas no sólo de la misma academia, sino también del campo que permite su presencia, es decir, la sociedad y sus múltiples dimensiones. Por ello, *Papeles* se propone como un lugar en el que se adviertan las voces que emergen y se construyen en el entorno universitario y la forma como lo hacen, particularmente desde la investigación; observa, a su vez, que las herramientas acertadas para conformar una verdadera revista universitaria sólo pueden encontrarse en una escritura transversal, que se reconozca como una práctica agónica en la que lo plural se agencie gracias a la previsión de nuevas posibilidades ontológicas.

Parece ineludible que una Facultad de Educación —y, seguramente, también la Universidad misma— no sea el centro en el que se va en pro del entendimiento indubitable, sino que se insinúa como el espacio privilegiado en el que nuestras creencias —también académicas— se ponen en juego, no para eliminarlas, sino para exponerlas

en el lugar donde emergen nuevas formas de interpretación. El objetivo es, por supuesto, el hacer posibles otros modos de intervención en la realidad que nos circunda a partir de un enfoque profesional, pero también humano. De esta forma, resulta muy gratificante el que, para nuestro primer nuevo número, podamos presentar una rica variedad de temáticas que, en últimas, tratan de confrontar nuestras verdades, y aunque de esta confrontación sólo puede resultar el discurrir sobre nuevas potenciales verdades, éstas nacen del agenciamiento de renovadas comprensiones.

Sabemos que, en cuanto a forma, una revista asume la construcción de compartimientos para la inclusión de cada escrito en un espacio homogéneo, constituido por la semejanza temática, la importancia o protagonismo de cada uno de sus residentes. Así pues, se construye, se sistematiza, se organiza y clasifica con miras a una superación formal que logre emparentarla con aquellos medios de difusión que detentan la autoridad de difundir las ideas. Sin embargo, y más allá de esto, sólo con el hecho de compartir un espacio de argumentación y debate académico como lo es esta revista universitaria, cuyo eje común es la escritura, se puede comenzar a mirar seriamente lo que en nuestros tiempos se propone como interdisciplinaria y que, a partir de allí, se afronten problemáticas como las que se abordan en esta edición, que cuestionan la imposición de ciertos regímenes discursivos, permitiendo también avizorar nuevas propuestas sobre la importancia de la naturaleza y el planeta, sobre la forma de comprender la condición humana o sobre las posibilidades de aprendizaje, además de, por supuesto, la forma como podemos acercarnos a la academia y la investigación. Lo anterior, con el fin de rescatar uno de los privilegios de la revista: el de poseer un peso medianamente ligero y, por ello, el de poder incitar a docentes, estudiantes y también a todos aquellos que quieran o sientan la necesidad de un cambio, a remover los cimientos de las acostumbradas significaciones que nos persiguen. •